

El Baluarte

R. D. Aureliano Albert.
Conde de Aranda n.º 1.

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 32.

Sevilla.—Miércoles 7 de Febrero de 1900

AÑO XXIV.

¿A dónde vamos?

Unión de Funcionarios civiles.
Unión Escolar.
Unión Obrera en sus múltiples diferentes ramos.
Unión Católica.
Unión Conservadora.
Unión Comercial é Industrial.
Unión para la defensa de los intereses de la clase de....
Unión Catalanista.
Unión de Magistrados suplentes.

Y así podríamos seguir enumerando esa fiebre de unirse y juntarse, desarrollada en España por el furor y juritico de querer mandar todos y constituirnos en juntas para la defensa de nuestros intereses, en contra y con perjuicio de los del vecino, cuyos derechos nos tienen muy sin cuidado.

Disgregación, más que unión, es el resultado, en el que, si van ganando siempre ciertas asociaciones, es con perjuicio manifiesto del eterno Juan Paga y del consecuente Juan Sufré, ese elemento social que, por sus condiciones especialísimas, no tiene con quién asociarse para defender sus particulares intereses, y es víctima, al propio tiempo, de sus ideales y de su amor hacia la causa nacional, sin pujos ni despalantes oratorios, y sin otros alardes que sus virtudes y su consecuencia en la constante labor de regeneración moral, que es lo primero. Y cuenta que a este grupo pertenecen hombres de todas las clases y condiciones sociales, que son los más y los más sufridos, que soportan las cargas del Erario público, y ven cómo se dilapida la fortuna nacional y cómo se enriquecen y prosperan esos que chillan á grito herido pidiendo moralidad y unión contra los desafueros del poder.

Y es que en España, donde no ha podido encarnar realmente el socialismo de escuela, nos ha dado la manía de constituirnos en corporaciones para la defensa de clases, sin fijarnos que caminamos por una corriente peligrosísima, y vamos fatalmente al abismo, empujados por todas las fuerzas gubernamentales, que lo único que procuran es salvar el régimen, aunque se pierdan la nación y la vergüenza y el pudor de los ciudadanos.

Se hizo la alianza del trono restaurado en Sagunto con la Iglesia para sumar fuerza; se autorizó el entronizamiento furtivo de las órdenes monásticas, á cambio de que apoyaran al régimen; se crearon esas grandes Compañías y Sindicatos, explotadores de la fortuna nacional, para fortalecer el poder con el concurso de banqueros, capitalistas y agiotistas de toda especie; se está asustando con el fantasma del carlismo, á la vez que se tiene sujeto á su principal factor, el clero, por temor á los pocos sentimientos liberales que quedan.

Se fomentaron las rebeliones coloniales, se llegó á las guerras, y con ellas al desastre más espantoso de este siglo, por salvar el régimen, y con él todos los intereses á su sombra creados.

Fomentan ahora otros nuevos egoísmos: se han atrevido á llegar al egoísmo de las huelgas, y van derechos á la tiranía de abajo.

Todo espíritu un poco observador no podrá menos de fijarse en el fenómeno y apreciar las condiciones del mal. Se empuja á los obreros á asociarse para fines puramente egoístas, con objeto de que, atentos sólo á sus intereses, rompan abiertamente con el verdadero ideal de progreso, de cultura, de mejoramiento moral, á cambio de la dispensa de alguna hora de jornal y de unos cuantos céntimos más de salario al día.

Esas huelgas que vemos impasibles que se resuelven rápidamente con la intervención de la autoridad, que impone soluciones á los patronos, no son la solución del problema obrero de justicia y de equidad: son el temor á la fuerza, pagada con dinero que luego se saca de otra parte para compensar á aquéllos. Los menores ingresos, ó la disminución de beneficios por los aumentos de jornal, se premian con subastas, con contratos, con hacer la vista gorda en los negocios; y así caminamos, con los ojos vendados hacia la ruina y el desequilibrio, que tendrán

que producir la catástrofe á medida que las exigencias obreras vayan creciendo á impulso de sus fáciles triunfos. Llegará un día, más pronto de lo que se cree, que sean tales las exigencias que no puedan satisfacerse, y entonces vendrá la represión con todos los horrores de la violencia, abriéndose el abismo en que se sumirán todas las actividades nacionales; y todos caerán, obreros y patronos, pobres y ricos, en el retroceso de la degradación, que es la peor de las esclavitudes.

Esas otras uniones, formadas por corporaciones ó asociaciones ligadas sólo por intereses de clase, con ser más egoístas que las asociaciones obreras, no tienen ni aun la razón de éstas, ni pueden apoyarse en derecho alguno, como no sea reclamar una nueva merced después de las muchas recibidas; y un Gobierno fuerte, prestigioso y que se apoyase verdaderamente en la opinión pública, las destruiría y concluiría con ellas por un decreto; pero se las deja crecer y desarrollarse porque también son fuerzas auxiliares al servicio del régimen.

El espectáculo, verdaderamente triste, de nuestras Cámaras legislativas, no es otra cosa que una nueva manifestación de unión de intereses determinados contra los verdaderos intereses de la gran masa de paganos del país. Esas inteligencias de mayorías y minorías entre bastidores; esas famosas Comisiones que vienen á la capital, ¿qué representan, qué son, qué pretenden? Salvar también los intereses de clase.

España, aleccionada por frailes y monjas, se ha convertido en un pueblo de mendicantes. Aquí todo el mundo pide; aquí todos nos constituimos en postulantes; aquí, lo mismo que jugamos á la lotería para que el premio mayor nos saque de apuros, inventamos algo para obtener una patente que nos permita con cierto decoro desbalar al vecino, escudados con la fundación de una institución benéfica... para el bolsillo de sus directores, muñidores ú organizadores.

Los gobiernos viven y se sostienen á la vez que se arraiga el régimen; en cambio, el nivel moral desciende, desciende hasta llevarnos á la abyección.

Los pueblos no viven sólo de la satisfacción material de sus necesidades; los pueblos tienen que vivir la vida de la libertad, la vida del progreso, consagrando una grandísima parte de sus actividades, de su inteligencia y de sus iniciativas, al engrandecimiento moral y á la vida de la inteligencia.

Sólo con un régimen de egoista retroceso, de reacción, pueden fomentarse los vicios y las malas pasiones, matando y enervando las energías nacionales.

Levantemos el gran principio de la moral con las instituciones democráticas; elevemos las aspiraciones individuales de cultura, de justicia y de derecho, enfrente de esos egoísmos de clase, colocando los intereses de la suma de ciudadanos por encima de los egoísmos de clase que fomenta el régimen imperante, y entonces será cuando podamos afirmar que España se regenera. Detengamos esta corriente, cambiemos el curso del río y evitemos la catástrofe; pero pronto, muy pronto, porque los síntomas precursores de la sacudida ya se dejan percibir.

¡Obreros! Esos que os adulan os ametrallarán mañana. Vuestra redención está con la fórmula de libertad, trabajo y progreso moral.

Clases innominadas, montón anónimo; ya veis á dónde vamos; hagamos la unión del decoro, de la vergüenza, de la moral, de los derechos y deberes recíprocos, de la democracia, en fin, enfrente de esas visiones que se traducen sólo en el mayor haber del balance de fin de año. Elevemos á las ideas y busquemos la regeneración por la ciencia, por la libertad y por la cultura, rechazando todo sentimiento de clase, todo interés particularista.

La democracia tiene la posesión de la verdadera fórmula asociada al poder amovible y responsable.

A. A.

Murmuraciones

El Sr. Conde de las Almenas ya está riñendo otra vez en el Senado contra los generales.

Y los generales, enseguida que oyeron al Conde, protestaron.

—¡A nosotros no se nos debe discutir!—decían.—Los prestigios se van empañando....

—Pero....

—¡No hay pero que valga!

Y el Sr. Conde de las Almenas sigue imperterritito acusando.

Y los reos.... diciendo que se van á comer á los Condes crudos.

Y en esas estamos.

La guerra de Cuba no se debe discutir.

Pero sí se debe pagar.

¡No hay más remedio!

Lo mandan los que hoy son los amos de España.

¡Los invictos héroes!

**

En el Congreso de los Diputados hay un Sr. Cañellas, catalanista, de esos catalanistas que dicen que Cataluña siempre estará al lado de España—como si no fuera España—que es el encargado de hacer reír á todos los señores.

Hablando de la juventud catalana, se le ocurrió decir en una de las últimas sesiones:

«El Sr. Cañellas continuó—no obstante las protestas de muchos diputados—su himno en honor de la juventud catalana, de la que siguió diciendo que hace viajes todos los años, sabe mucha música, y es la misma que oye por la noche una ópera de Wagner, y por la mañana ya está en su almacén despachando manteca. (Risas que duran cinco minutos.)»

De donde se deduce que, de noche, la juventud catalana no despacha manteca.

Porque no va á estar en misa y repitiendo.

Quiero decir, oyendo música de Wagner y mantequendo.

Por cierto que pierden las mejores horas para la venta de la manteca.

De noche es cuando hace falta, según dicen los frailes.

**

Martínez Campos ha dicho, discutiendo en el Senado, que hace muy bien dicho Cuerpo en no oír los dicharachos que el Conde de las Almenas dice del generalato.

¡Y es claro, como lo dice el señor Martínez Campos, hay que bajar la cabeza, porque el mundo es de los guapos! No debe importarle al Conde que no lo escuche el Senado, porque la Nación le escucha, y le escucha con aplausos.... El hombre digno no teme que se discutan sus actos; antes se alegra.... Quien huye, algo tiene reservado que su conducta le empuerca....

¡Por eso teme al escándalo!

**

¡Pobrecitas esposas del Señor!

Lean ustedes lo que dicen de ellas:

«Sin asombro, sin extrañeza, he leído en un periódico portugués que las Carmelitas del convento de Praga han venido cultivando de una manera asaz desenfadada los más asquerosos y repugnantes vicios. «En el parque del claustro se han encontrado hasta cincuenta niños enterrados», dice el periódico aludido. «Odiado el convento por los habitantes de aquella villa—añade el colega—al saber el hecho han tratado de arrastrar á las monjas por las calles de la población.»

Cincuenta niños enterrados.

Cien *peus* de portugueses soterrados en el parque de un convento para evitar el escándalo.

El Señor de esas esposas portuguesas no se ha dormido.

Se conoce que ha trabajado por el aumento de la humanidad.

¡Aunque eso debe de ser mental!

Pobrecitas esposas del señor.... don, ¡cómo las infaman!

**

Una noticia muy curiosa:

«Ha sido devuelta á la embajada de Italia la muchacha italiana que había sido arrebatada de su familia con destino al harem de Abdul Bajá.

Dicha joven ha sido restituida á su padre por la embajada italiana.

De esta suerte se ha evitado la ruptura diplomática que se juzgaba inminente entre Italia y Turquía.»

¿Ha sido devuelta?

Pero.... ¿sin romperla ni mancharla?

Porque yo no me fio de ningún Abdul Bajá.

**

A todas aquellas personas que tengan buen corazón las voy á poner en antecedentes de una

economía de las que ha hecho nuestro coro de vírgenes municipales.

La comida para los pavos reales y los patos que están en el Parque de María Luisa ha sido suprimida.

Anteayer estaban comiendo un poco de pan duro, que no sé quién, condolido de la triste situación de aquellos animales, que llevaban cuarenta y ocho horas en ayunas, les proporcionó.

Los infelices patos del estanque le preguntan al guarda del parque dos ó tres veces al día:

—¿Cuándo es domingo?

Porque como los domingos van los chiquillos con altramuces y avellanas á darles de comer, y esa es la única comida que hacen, los pobres claman porque vengan días de fiesta.

Ahora bien; aquellos señores que hayan recibido peticiones de los señoritos municipales que quieren hacer del Parque de Sevilla un jardín modelo, apresúranse á mandar ejemplares. Se sabe el fin que tendrán.

El que van á tener los pavos reales que regaló el Sr. Marqués de Paradás.

Morirse de inanición.... y de vergüenza.

Porque la cantidad destinada para el alimento de los animales del Parque la ha empleado el Sr. Alcalde en peines, cold-cream y demás aditamentos y unturas necesarias en el lavabo que hay en la Alcaldía.

Aquello es un *boudoir* de los más elegantes.

Los señores concejales tienen allí ¡hasta peines!

Este Ayuntamiento que nos ha proporcionado el Sr. Ybarra es todo un Ayuntamiento del Bajo Imperio.

**

Los fabricantes de naipes han presentado protesta

porque les pide más *monis* nuestro Ministro de Hacienda.

Dicen que los jugadores al monte y á la *ruleta*

visitarán al ministro también en son de protesta

porque los gobernadores les suben mucho la cuenta.

También las dueñas de casas de lenocinio se quejan,

porque, con tantos conventos, muy pocas visitas llegan.

¡No quiero decir á ustedes que esto ya se regenera!

¡Hasta Doña Pudre alza con orgullo su cabezal!

**

Esto que copio á continuación es de un periódico de Málaga:

«Diez y ocho frailes procedentes de Filipinas van á establecer un convento en Málaga. Personas de gran posición social, de esas que jamás han hecho nada útil á la humanidad, y que por eso precisamente son millonarios, andan buscando local ó sitio adecuado donde se instale la comunidad con todas las comodidades que requiere lo inútil de su institución.

Nada de buscar albergue para los hijos de los pobres, y los obreros que carecen de domicilio al llegar á la vejez.»

Esos.... ya los tienen.

Los hospicios, los asilos, las cárceles y los portales de las casas grandes.

¡Ah! Y el cementerio.

¡Se está allí más abrigadito!

**

Se dice por un periódico que don Vicente Chiralt

va á emprender una campaña para lograr desterrar

todos los vagos de oficio que viven en la ciudad.

Pues trabajillo le mando á ese señor concejal;

para obrar en justicia, su campaña ha de empezar

por aquellos concejales que juntos con él están,

y que no tienen oficio, ni tampoco capital;

y que, si son abogados, no abogan nunca por *nd*....

¡A menos que no le saquen un sueldo al ser concejal,

que eso, á la verdad, lo ignora, y pudiera ser verdad!

CARRASQUILLA.

Opinión de Mr. Robinsón

Hé aquí, en síntesis, la opinión expuesta al War Office por el archimillonario que pasó la mitad de su vida con los boers.

Señores: Como inglés, y amante del país que

me vió nacer, tengo que cooperar de alguna manera á la lucha emprendida en contra de los boers. Mi concurso no será comprando un título de oficial para ir á verter la sangre de los que tanto amo, por haber pasado mil penas con ellos, y de los que fui querido y considerado. No; mi concurso se reducirá en dar á conocer de una manera cierta las condiciones morales y físicas de los que hoy, por razones que no quiero profundizar, son los enemigos de mi patria de nacimiento.

Mi país no ha comprendido aún; sus generales no quieren comprender lo que un boer bien armado sabe y puede hacer contra los más valientes que probarán á expulsarlo de una posición que él quiere defender.

Sí, señores; el boer, desde su más tierna infancia, sabe alcanzar el blanco vivo que tiene enfrente y en el sitio que quiere.

Cuando apenas pueden llevar un fusil, le ponen uno entre las manos, y le enseñan á tirar á los pájaros. Más tarde, poseedor de una carabina de dos tiros, le lleva su padre ó su abuelo á la caza mayor, y á batir á las fieras á la carrera.

Un boer criado de esa manera, y lo están todos, resistirá valerosamente á cien ingleses que quieran expulsarlo de una posición. No es como en Europa, en que, veinte malos tiradores, pueden fácilmente ser echados de la posición ocupada por ellos, por treinta hombres determinados que les den el asalto con bayoneta calada.

El ejemplo siguiente, entre miles, dará á conocer lo que pueden hacer los boers defendiendo una posición. Yo estaba con ellos, y por lo tanto, no son cosas leídas ni oídas.

Era en los principios de la guerra que tuvo el Transwaal con los basutos, los más feroces y valientes negros del Africa austral.

Todos los días hacíamos reconocimientos á caballo, divirtiéndonos en tirar pájaros, en piedras tiradas al aire, etc.

Un día nos encontramos repentinamente enfrente de quinientos cafres; no éramos más que treinta y un boers, contando con nuestro guía, un anciano boer, el viejo Doris Potgiter, de 74 años.

Como nos íbamos á retirar, considerando como una temeridad el luchar 31 contra 500, detrás de nosotros apareció una segunda tropa de cafres, más numerosa aún que la primera.

—Estamos cogidos en una ratonera—dijo el viejo Potgiter.—Es preciso demostrar ahora á esos negros quiénes somos.

Cinco de nosotros, que tenían magníficos caballos, probaron de pasar entre las dos tropas: uno sólo lo logró.

Quedábamos 26; nos retiramos tras de un accidente del terreno. Los cafres ya estaban muy cerca.

Potgiter tomó el mando, nos hizo bajar del caballo, que á dos hombres fueron encargados de vigilar.—Mis compañeros y yo apuntaremos á los jefes—dijo nuestro viejo guía.—Vosotros—dijo él dirigiéndose á los de derecha—apuntaréis á los caballos; y vosotros—dijo á los de izquierda—apuntaréis á los jinetes que bajen de sus caballos.

Los cafres avanzaban en número, todos á caballo; los jefes con la cabeza adornada de plumas vistosas. Potgiter los dejó adelantarse á unos 80 metros de nosotros. Él y sus compañeros mataron á los jefes con tal precisión, que al caer parecían frutas de un árbol sacudido con mano fuerte. El segundo destacamento disparó á su vez: los caballos cayeron; el tercero hizo fuego también, y ni uno solo de los cafres caídos volvió á levantarse.

Una brecha enorme se había producido en la masa enemiga. Pronto nuevas tropas la volvieron á llenar, y avanzaron á su vez. Tuvieron la misma suerte; primeramente los jefes cayeron, después los caballos, y, en fin, los hombres.

Los jefes y sus hombres demostraron un valor indomable, pero en balde; bien pronto un baluarte de cadáveres se extendía á nuestro alrededor. Hacía seis horas que duraba el combate, y eran las dos de la tarde; estábamos cansadísimo: teníamos la lengua pegada al paladar, nuestros labios estaban grieteados por el calor.

—Pónganse ustedes guijarritos en la boca—dijo Potgiter—eso refresca la boca. Los que no puedan tirar más me darán su fusil y me ayudarán á cargar; yo continuaré tirando; es preciso combatir. Es nuestra última salvación.

Continuamos hasta las seis de la tarde. Los cafres que quedaban se retiraron entonces. Tenían bastante. Era tiempo; nosotros ya no teníamos balas; la mitad de nuestros caballos habían sido muertos. Montamos sobre los que nos quedaban, dos hombres sobre un caballo, y logramos, á pesar de la vigilancia de los cafres, refugiarnos á nuestro campo.

Nadie pudo hacerse cargo de la batalla que acabábamos de dar, antes de pasar al día siguiente por la mañana sobre el campo de batalla. Centenares de cadáveres cubrían la llanura. Nunca antes que nosotros un tan pequeño número de combatientes había podido mantenerse delante de semejante cantidad de enemigos.

Es así, señores del Gobierno, como combaten los boers. No os extrañéis, pues, que á los ingleses no les hagamos mucho más daño que á los cafres. Y es en contra de hombres semejantes, que los generales ingleses conducen como ciegos á sus hombres, y les hacen matar como carneros. Todo el valor, toda la valentía de esas gentes, no puede servirles de nada: es una fuerza desperdiciada, como la pólvora en salvas. Los boers no sufren más que bajas insignificantes comparadas con las nuestras; ellos combaten invisibles.

La artillería no les hace tampoco mucho daño. Los boers han aprendido todas las astucias de los basutos; construyen sus trincheras en forma de zig-zags fuertes. Si los obuses no caen

directamente en los fosos de las trincheras, no hacen ningún daño.

Y ahora todos los refuerzos de tropas no cambiarán nada la situación adquirida. Cien mil infantes no sirven para nada; su valor no tiene objeto. No son tiradores; son pesados, necesitan comer mucho y disfrutar de un bienestar incompatible con su misión en una guerra, que tiene por objeto conquistar posiciones inexpugnables en las partes montañosas, ó batir en campo raso excelentes jinetes endurecidos desde su más tierna infancia á toda clase de fatigas. Lo que es preciso es un ejército de caballería irregular, hombres como los boers, criados en la colonia, y que tengan de su propiedad sus fusiles, las sillas de sus caballos y los caballos mismos; además, que conozcan el terreno y sean capaces de tirar un pájaro al vuelo.—

Tal es la opinión de Mr. Robinsón. Bendito seas, amigo Robinsón; te perdono el ser inglés y los millones que tienes ganados con los valientes, ya que ahora tomas la legítima defensa de sus virtudes cívicas y de su valor indomable.

Laudables son tus esfuerzos, pero mal conoces á la tierra en que nacistes, la que no conoce otro lema más que éste:

¡Primero, yo! ¡Después, yo! ¡Y siempre, yo!

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

En el Transwaal

Nada nuevo. Noticias acerca de preparativos y planes es cuanto se conoce hoy de la guerra sudafricana. Dicen los expresados cablegramas que los ingleses proyectan reconcentrar numerosas tropas con el objeto de atacar y apoderarse de la importante plaza de Norvalapoor y convertirla en centro de futuras operaciones. De lo que no dicen una palabra es de la marcha emprendida por las fuerzas de Buller para libertar á Ladysmith; es más, algunos despachos de origen particular afirman que les ha sido prohibido á los corresponsales el comunicar á sus respectivos diarios los combates que precedan á la liberación de la plaza del Nataal.

Esta prohibición la fundan en que el éxito del nuevo plan ideado por el general inglés necesita para su éxito no ser difundido. (!)

Este achaque para impedir la transmisión de noticias de la campaña nos resulta una tontería.

Lo más lógico será el que el Gobierno de la Gran Bretaña, emerso de un levantamiento de la opinión pública, al tener ésta noticias de un nuevo desastre, quiera ocultar éste—si llegase á ocurrir, cosa probable—hasta que pueda comunicarlo unido á otra noticia favorable á las armas británicas, que sirva de compensación á aquél.

Y creemos esto así, porque ya desde hace algunos días vienen hablando los corresponsales de Londres de la creciente reacción que se nota favorable á la paz, y contraria, por tanto, á los nuevos sacrificios de hombres y dinero que se proyectan.

La cosa se ha de dilucidar pronto, porque no somos nosotros de los que abrigamos la opinión de que la campaña del Transwaal ha de ser muy larga. A Inglaterra no le conviene de ningún modo sostener esa lucha, para ella tan desastrosa, y sólo esperará un accidente favorable á sus armas para concertar una paz que no la deshonre y pueda regresar con los hombres y banderas que le resten, presumiendo de victoriosa.

Queremos en aquel país obtener con creces el prestigio que ya han perdido sus armas, sería locura manifiesta y quizás la completa ruina del sólido edificio cuyos cimientos ha hecho tambalear la bravura y amor á su patria del pueblo boer.

De actualidad

ASUNTO RUIDOSO

El conde de las Almenas censuró acremente en el Senado á los generales que se reunieron—según un suelto de *El Nacional*—para oponerse á la averiguación de las causas que determinaron la pérdida de nuestras colonias.

Les llamó *generales indignos*. Estas palabras produjeron un escándalo. El presidente de la Cámara rogó al conde que las retirase y éste se opuso. Las mantuvo.

Con tal motivo el Senado se reunió en sesión secreta. Tampoco en ésta retiró el de las Almenas sus frases.

El asunto es de grandes comentarios. De ello se habla con gran calor en todos los círculos políticos.

Háblase de un lance personal entre el conde y un general que tiene asiento en la Alta Cámara.

El *Heraldo* confirma la certeza del suelto publicado por *El Nacional* respecto á que hace días se intentó una acción colectiva de los generales para la defensa de sus intereses.

En la reunión no se llegó á un acuerdo por la oposición de algunos de los convocados.

CONSEJO DE MINISTROS

En la reunión celebrada anoche por los ministros fué examinado el expediente de cesión del edificio que ocupaba el ministerio de Fomento para que en él se instalen las oficinas de la Central de Correos.

El producto de la venta de la actual Central se invertirá en la construcción del nuevo edificio.

Se acordó presentar un proyecto de ley para la liquidación, pago é indemnización á los regimientos suizos que sirvieron en Barcelona en 1804.

También fué acordado extender á la Marina los efectos del decreto de Mayo último sobre abono de alcances á los repatriados.

El Sr. Silvela expuso las bases para concertar con la República Argentina un tratado sobre propiedad literaria.

Al hablarse de la marcha de los debates en las Cortes, el Ministro de la Guerra refirió lo ocurrido en la sesión secreta del Senado.

Hablóse también de los sucesos de Fernando Póo, acordándose no enviar barcos á la colonia.

UNA EXPLOSIÓN

Según un telegrama oficial recibido de Alicante, en una fábrica de orujo de aceituna establecida en Villena estalló al medio día la caldera, siendo lanzada por la explosión á 500 metros de distancia del pueblo.

El maquinista sufrió la amputación de una pierna, muriendo al poco rato.

Hay otros dos operarios heridos. Créese que la producción del hecho ha sido casual.

AGITACIÓN EN FERNANDO PÓO

Se comentan variadamente las noticias respecto á los sucesos que se dice han ocurrido en Fernando Póo.

Añádese que para dicha colonia saldrán dos barcos pequeños.

También se asegura que en breve plazo se enviará mayor número de refuerzos.

SOBRE PROPIEDAD LITERARIA

El presidente del Consejo ha recibido un telegrama del representante de España en la República Argentina, comunicando que el Gobierno de aquel Estado se halla dispuesto á entablar negociaciones con el nuestro para concertar un tratado sobre la propiedad literaria.

LA CONVERSIÓN DE LAS DEUDAS

Una comisión de tenedores de obligaciones de la renta de Filipinas ha entregado sus conclusiones á la comisión del Congreso encargada de informar en el proyecto de conversión de las Deudas.

Mañana informará ante la última comisión citada una representación del Banco Hispano Colonial.

EL PRESUPUESTO DE FOMENTO

Pasan de veinte las enmiendas al presupuesto de Fomento que se han presentado en la alta Cámara.

LA LUCHA EN FILIPINAS

Los tagalos han rechazado con grandes pérdidas en Vigán, después de rudos combates, á la brigada del general yanki Jourg.

La tumba de Alí-Bellús

(CUENTO)

Era en aquel tiempo—dijo el escultor García—en que me dedicaba, para conquistar el pan, á restaurar imágenes y dorar altares, corriendo de este modo casi todo el reino de Valencia.

Tenía un cargo de importancia: restaurar el altar mayor de la iglesia de Bellús, obra pagada con cierta manda de una vieja señora, y allá fui con dos aprendices, cuya edad no se diferenciaba mucho de la mía.

Vivíamos en casa del cura, un señor incapaz de reposo, que, apenas terminada su misa, ensillaba el macho para visitar á los compañeros de las vecinas parroquias, ó empuñaba la escopeta, y con balandrán y gorro de seda salía á despoblar de pájaros la huerta.

Y mientras él andaba por el mundo, yo, con mis dos compañeros, metidos en la iglesia sobre los andamios del altar mayor, complicada fábrica del siglo XVII, sacando brillo á los dorados ó alegrándoles los mofletes á todo un tropel de angelitos que asomaban entre la hojarasca como chiclelos jugueteros.

Por las mañanas, terminada la misa, quedábamos en absoluta soledad. La iglesia era una antigua mezquita de blancas paredes; sobre los altares laterales extendían las viejas arcadas su graciosa curva, y todo el templo respiraba ese ambiente de silencio y frescura que parece envolver á las construcciones árabes. Por el abierto portón veíamos la plaza solitaria inundada de sol; oíamos los gritos de los que se llamaban allá lejos, á través de los campos, rasgando la quietud de la mañana, y de vez en cuando las gallinas entraban irreverentemente en el templo, paseando ante los altares con grave contoneo, hasta que huían asustadas por nuestros cantos.

Hay que advertir que, familiarizados con aquel ambiente, estábamos en el andamio como en un taller, y yo obsequiaba á aquel mundo de santos, vírgenes y ángeles, inmóviles y empolvados por los siglos, con todas las romanzas aprendidas en mis noches de *paraíso*, y tan pronto

cantaba á la celeste *Aida* como repetía los voluptuosos arrullos de Fausto en el jardín.

Por esto veía con desagrado por las tardes cómo invadían la iglesia algunas vecinas del pueblo, comadres descaradas y preguntonas que seguían el trabajo de mis manos con atención molesta, y hasta osaban criticarme por si no sacaba bastante brillo al follaje de oro ó ponía poco bermellón en la cara de un angelito. La más guapetona y la más rica, á juzgar por la autoridad con que trataba á las demás, subía algunas veces al andamio, sin duda para hacerme sentir de más cerca su rústica majestad, y allí permanecía, no pudiendo moverme sin tropezar con ella.

El piso de la iglesia era de grandes ladrillos rojos, y tenía en el centro, empotrada en un marco de piedra, una enorme losa con anilla de hierro. Estaba yo una tarde imaginando qué habría debajo, y agachado sobre la losa rascaba con un hierro el polvo petrificado de las juntas, cuando entró aquella mujerona, la *siñá* Pascuala, que pareció extrañarse mucho al verme en tal ocupación. Toda la tarde la pasó cerca de mí, en el andamio, sin hacer caso de sus compañeras que parlotaban á nuestros pies, mirándome fijamente mientras se decidía á soltar la pregunta que revoloteaba en sus labios. Por fin la soltó. Quería saber qué hacía yo sobre aquella losa que nadie en el pueblo, ni aun los más ancianos, habían visto nunca levantada. Mis negativas excitaron más su curiosidad, y por burlarme de ella me entregué á un juego de mu-chacho, arreglando las cosas de modo que todas las tardes, al llegar á la iglesia, me encontraba mirando la losa ó hurgando en sus juntas.

Di fin á la restauración: quitamos los andamios; el altar lucía como una ascua de oro, y cuando le echaba la última mirada, vino la curiosa comadre á intentar por otra vez hacerse partícipe de *mi secreto*.

—*Dígame, pintor—suplicaba.—Guarda el secreto.*

Y el pintor (así me llamaban), como era entonces un joven alegre y había de marchar en el mismo día, encontré muy oportuno aturdir á aquella impertinente con una absurda leyenda. La hice prometer un sinnúmero de veces, con gran solemnidad, que no repetiría á nadie mis palabras, y solté cuantas mentiras me sugirió mi afición á las novelas interesantes.

Yo había levantado aquella losa por arte maravilloso que me callaba, y visto cosas extraordinarias. Primero una escalera honda, muy honda; después estrechos pasadizos, vueltas y revueltas; por fin, una lámpara que debía estar ardiendo centenares de años; y tendido en una cama de mármol, un *tío* muy grande, con la barba hasta el vientre, los ojos cerrados, una espada enorme sobre el pecho y en la cabeza una toalla arrollada con una media luna.

—*Será un moro—*interrumpió ella con su ficiencia.

—Sí, un moro. ¡Qué lista eral! Estaba envuelto en un manto que brillaba como el oro, y á sus pies una inscripción en letras enrevesadas que no las entendería el mismo cura; pero como yo era pintor, y los pintores lo saben todo, la había leído de corrido. Y decía... decía... ¡ah, sí! decía: «Aquí yace Alí Bellús; su mujer Sarah y su hijo Macael le dedican este último recuerdo.»

Un mes después supe en Valencia lo que ocurrió apenas abandoné el pueblo. En la misma noche, la *siñá* Pascuala juzgó que era bastante heroísmo callarse durante algunas horas, y se lo dijo todo á su marido, el cual lo repitió al día siguiente en taberna. Estupefacción general. ¡Vivir toda la vida en el pueblo, entrar todos los domingos en la iglesia y no saber que bajo sus pies estaba el hombre de la gran barba, de la toalla en la cabeza, el marido de Sarah, el padre de Macael, el gran Alí Bellús, que indudablemente habría sido el fundador del pueblo!... Y todo esto lo había visto un forastero, sin más trabajo que llegar, y ellos no! ¡Cristo!

Al domingo siguiente, apenas el cura abandonó el pueblo para comer con un párroco vecino, una gran parte del vecindario corrió á la iglesia. El marido de la *siñá* Pascuala anduvo á palos con el sacristán para quitarle las llaves, y todos, hasta el alcalde y el secretario, entraron con picos, palancas y cuerdas. ¡Lo que sudaron! En dos siglos lo menos no había sido levantada aquella losa, y los mozos más robustos, con los bíceps al aire y el cuello hinchado por los esfuerzos, pugnaban inutilmente por removerla.

—*¡Forsa, forsa!*—gritaba la Pascuala capitaneando aquella tropa de brutos.—*¡Abaja está el moro!*

Y animado por ella, redoblaban todos sus esfuerzos, hasta que, después de una hora de bufidos, juramentos y sudor á chorros, arrancaron, no sólo la losa, sino el marco de piedra, saltando tras él una gran parte de los ladrillos del